

ASPASIA

Muy variamente juzgada esta mujer extraordinaria. Y el juicio recaído sobre su persona y sobre su vida, juicio muy acreditado entre las gentes vulgares, proviene aún de apasionamientos contemporáneos, trocados por obra del tiempo en seculares supersticiones. Todas las grandes y excelsas mujeres griegas llevan una marca indeleble sobre sus hermosísimas espaldas, impresa por la comedia, esa inmortal sátira en acción, tan poderosa en Grecia. Se genera el ridículo y brota la risa de cualquier contraste manifiesto entre las costumbres vulgares y los actos de una persona. Risa y ridículo requerían los cómicos en el teatro, cual requerían lo bello y lo sublime así el genio de la tragedia como el genio de la poesía lírica. La familia griega se fundaba, igualmente que todas las familias arias, en el culto religioso á la

mujer; mas la mujer no aparecía respetable y no estaba en realidad circuída por las gentes de supersticioso respeto, sino cuando se recluía en el seno de su hogar y se consagraba, juntamente con los suyos, al culto conmemorativo de los muertos y al culto religioso de los dioses. El gineceo, es decir, el santuario de la mujer helénica, parecíase mucho, en lo cerrado y recatadísimo, al harén oriental; á pesar de una diferencia soberana, en el harén oriental había muchas mujeres, en el gineceo griego una sola mujer. Pero esta mujer, señora casi absoluta en su hogar y jefe casi único de su familia por la dulzura de aquellas costumbres y por la civilización de aquellas gentes, debía, para el recato de su honra y para el seguro de su virtud, quedarse dentro de su casa é influir muy poco en la vida externa de aquella sociedad, no obstante la refinada cultura y artística delicadeza con que ha brillado en la historia y ha esclarecido á nuestra humanidad.

Aspasia es una mujer pública. Después de haber leído esta calificación deben mis lectores desechar el vulgarísimo juicio encerrado en el concepto que las dos palabras expresan, y considerar la mujer pública en Atenas como un oficio correlativo al de hombre público, según llamamos á los estadistas en los modernos tiempos y en el habla corriente.

Mujer pública no significa en Atenas la que vende su amor y sus favores por dinero; significa la que interesa en la vida general su pensamiento, influye sobre los guías del gobierno, pertenece á un partido, ilustra con sus observaciones al artista y al filósofo, critica las obras recién estrenadas en la escena, presta el fuego de su elocuencia incomparable al orador, provoca en el taller con sus actitudes académicas el estudio y observación de los escultores, dirige á un maestro profundo las observaciones finísimas y delicadas propias de su exquisito sexo, y va por las Asambleas como una especie de musa viva fluyendo ideas melodiosas por sus labios sonrosados y dejando á modo de luminosísimas estelas, como las áureas trirremes del Pireo en los mares del Jonia, por donde quiera que pasa. Todos estos oficios desempeña y todos estos deberes cumple, oficios castos, deberes verdaderamente sociales, una mujer tan bella é inspirada como Aspasia, cuya presencia entre los ciudadanos y cuyo influjo en la política eran indispensables de todas suertes, si Atenas debía llegar al cenit espléndido de su gloria y al pleno desarrollo de su espíritu. Pero, como quiera que tal oficio repugnaba por completo á las ideas fundamentales de Grecia en estas materias del destino y del papel reservados á la mujer en sociedad, Aspasia

resulta para los que admiten el juicio vulgar histórico sin discernimiento y sin examen una mera cortesana, cuando en realidad vivía ella circuida de corte y merecía por mil conceptos y por mil títulos. Mas, al herir con su vida completamente derramada en los estadios públicos las costumbres atenienses, atraíase de la malicia cómica por fuerza un concepto deshonoroso, el cual concepto deshonoroso ha confirmado ligeramente la posteridad, convirtiendo la mujer tipo de la inteligencia y de la hermosura helena en vulgar y triste prostituta. Decimos de Aspasia lo mismo exactamente que de Safo; el mal concepto con que aparece ante la sociedad nuestra, débese á vulgarísimas supersticiones de los antiguos tiempos, no bien conjuradas ni bien desvanecidas en los tiempos modernos.

Mas no hubo esta razón sola en abono de tan falso juicio: hubieron muchas otras. Aspasia fué la mujer de Pericles, y Pericles el jefe incontestado é incontestable de la democracia helénica durante medio siglo. Atenas había pasado por todas las fases necesarias y lógicas del espíritu social en su lento y continuo desarrollo. Teocrática y monárquica en sus comienzos, como sucede á todos los pueblos cultos del mundo, llegó evolutivamente y por grados á la república. Mas, como ningún poder histórico y ningún organismo político bur-

lan de modo alguno las leyes universales, á que todo se halla sujeto en el mundo, la república en Atenas pasó por un período de reacción tiránica, representado por los pisistratidas, y se organizó en una especie de oligarquía por medio de su aristocracia ó patriciado, cumpliendo así las leyes lógicas de su necesaria evolución. Pero nunca brilló como brilló de no haber entrado en la plenitud completa de una democracia libre y progresiva, según la comportaban aquellos antiguos tiempos. Pericles impelió á Atenas hacia la democracia, triunfante y organizada bajo su poder, más bien moral que material, poder de la palabra, poder de la elocuencia, poder de la idea. No se intentan estas grandes innovaciones en el mundo sin atraerse la persecución y la calumnia. Hombres tan grandes como Heródoto y como Esquilo, viejos republicanos, enemigos de la monarquía y de la teocracia, que á una con sus manos inmortales coronaran la república en su historia y en sus tragedias, viendo al ocaso de su vida y al tiempo de su vejez alborar la nueva edad resplandeciente sobre una cima tan alta como la cabeza de Pericles, verdadera eminencia social dorada por la nueva luz, no acertaron á comprenderla, temiendo se anegaran en los oleajes de la democracia sus viejas instituciones republicanas sostenidas hasta entonces por

una poderosa oligarquía. Este partido terrible de los oligarcas y de los aristócratas perduró largo tiempo, y en su perduración declaró guerra cruel á Pericles. Mujer Aspasia de tan grande hombre, consagrada, como él mismo, á la transformación social nueva, mereció el odio de los patricios y aristócratas. Este odio se desahogaba en la sátira principalmente, y esta sátira hería en su honor á la esposa, cuyo espíritu y cuyo seno servían como de regazo blando en que depositar la cabeza herida, y como de seguro en que defenderse contra la injusticia y la pasión, al estadista ilustre, destinado por su pensamiento esclarecido á señalar la plenitud completa del genio ateniense. De consiguiente, los calificativos deshonorosos que ha lanzado la posteridad sobre Aspasia, provienen de pasiones políticas anejas á su tiempo, y resulta el desquite cruel tomado por aristocracia verdaderamente soberbia del triunfo conseguido por una democracia verdaderamente progresiva.

Pero hay más. Coincide con la república libre y democrática la plenitud así del saber como del arte. Cuando Grecia funda las instituciones que han de caracterizarla en el mundo y que han de darle aquel su incontrastable influjo, el pensamiento llega, como la inspiración, por ley natural á su respectiva plenitud. Mas no puede, no, el

pensamiento desarrollarse cuando se le sujeta por cualquier poder coercitivo y material á las estrecheces y angosturas de un dogmatismo absorbente ó de una liturgia tiránica. La idea necesita para volar el espacio inconmensurable de la libertad. Si en su vuelo interponéis los límites arbitrarios trazados por una iglesia oficial ó por un gobierno metido á definidor de dogmas y principios, creedlo, el pensamiento perderá toda su originalidad y toda su fuerza intrínseca, reducido á pobre y servil comentario de ideas y de doctrinas impuestas. No representara Pericles el cenit de la inteligencia helénica si no trajese la libertad pura del espíritu y el derecho á su manifestación externa de la idea. Pero esta ventaja enorme del desarrollo social jamás se aquista sin herir los privilegios más formidables de las aristocracias intelectuales, aquellos privilegios arraigados á una en la vieja fe y provenientes, como algo sobrenatural, del seno de los mismos dioses. Nada tan batallador como el privilegio religioso. Un sacerdote, que se cree dueño de la verdad eterna, os mata sin escrúpulo, imaginando que puede quitaros á su sabor la vida de un día en aras de la vida eterna. Los filósofos pensaban libremente bajo la inmortal autoridad y poder del demócrata Pericles; por consecuencia, decían lo que pensaban, y al decirlo extraían de

las entrañas del espíritu humano estos nuevos ideales, á cuya luz y á cuyo calor nosotros vivimos, pero que no han podido, no, formarse jamás en la conciencia universal, sino con riesgo y detrimento de los viejos ídolos y de las viejas idolatrías. Bien lo saben las aristocracias intelectuales, que se llaman sacerdocios; y como lo saben de antiguo, bien apelan á todos los medios para defenderse á sí mismas y herir en la vida, en la honra, en todo su sér, á quienes revelan nuevas ideas y exploran cielos nuevos. Teniendo contra sí Aspasia y Pericles el patriciado político y el patriciado religioso, no debe maravillar á nadie la injusticia con ellos cometida por el espíritu resistente y tenaz de los viejos tiempos. Pero debe maravillarnos mucho el que tales ideas hayan trascendido á las generaciones hoy vivientes y dominado en los senos del mundo moderno. Aristocracia, oligarquía, iglesia oficial, clero, habían impuesto á sus secuaces un odio contra los innovadores que debía buscar explayo y desahogo en esas invectivas y en esas calumnias circulantes por las viejas supersticiones, á cuya letal influencia obedece muchas veces el vulgo, transmitiéndolas por medio de sus decires populares á la más remota posteridad, aun contra los mismos que han ilustrado y esclarecido á las ingratas muchedumbres.

¡Cuán poco sabemos de Aspasia! La historia, en los tiempos clásicos, no se parece á este historiar anecdótico de hoy que tanto priva entre nosotros. Los viejos historiadores clásicos apenas comprendían el fenómeno transitorio de la vida interior y doméstica, ocupados en trazar la poderosa vida pública. El cuentecillo y el escándalo no se anteponen á todo y lo llenan todo hasta que vienen los tiempos tristísimos de la decadencia imperial, y como actores y protagonistas de la historia los Césares. Aunque Xenofonte deje un trazo aquí, Tucídides una conmemoración allá, Sócrates un fragmento de discurso, Platón una incidencia de sus inmortales diálogos, Plutarco algunas tradiciones, no tenemos, no, los datos bastantes á juzgar con buen acuerdo y con perfecto juicio de una mujer tan extraordinaria. Necesitamos ahondar en los abismos del tiempo y abrir el panteón de las viejas historias, recorriéndolo y visitándolo todo entero, para lograr la reconstrucción de una estatua, en la cual, dentro de su forma perfecta y de sus líneas correctísimas, ardía la centella de una inspiración, que así animó la poesía como la elocuencia y la elocuencia como la libertad. Naturalmente, al griego historiador le costaba tanto trabajo casi como al griego vulgar el extraer de su gineceo á la recatada mujer y colocarla en pedestal aislado al cie-

lo y al aire libres. Para ellos la historia se concentraba en el hombre, como en el hombre se concentra el Estado, y no debía compartirla con mujer ninguna. Si tal moralista deja caer una idea sobre los conceptos fundamentales que de la moralidad alcanzaba en su ánimo Aspasia; si tal retórico apunta los muchos inapreciables servicios que le debe la elocuencia de Atenas, tan perfecta y armoniosa como su misma escultura; si este filósofo la remembra en alguna de sus obras creyéndola resplandor celeste que pasa por las profundidades oscuras é insondables del humano espíritu, no constituye todo eso, no, la personalidad histórica por nosotros buscada en los estudios nuestros, y no procura los esbozos y los apuntes indispensables á un verdadero retrato. Pero el consentimiento universal llámala hermosísima, y ya sabemos lo que por hermosura entienden nuestros padres los griegos, y cómo la significan, y de cuál suerte la sienten. La hermosura femenil á sus ojos aparece como armonía perfecta por la mezcla de una gracia delicada con una corrección austera. Como el pentagrama y el iris se parecen, como la onda luminosa y la onda sonora se identifican, y vibraciones de átomos resultan así el sonido como el éter, llamaremos á la hermosura femenil helena hermosa melodiosa. El pie proporcionado con el

conjunto, porque allí están en las proporciones las armonías, y en las armonías la hermosura se asienta sobre la tierra como la estatua sobre su pedestal, no queriendo el griego, ni desproporciones feas de suyo, ni desequilibrios temibles, ni gracia ninguna que riña ó se contraponga con aquel encanto espiritual que á los verdaderos goces del alma presta la seguridad completa de su continuación. Sí, las proporciones, la correlación entre los órganos, las armonías del conjunto, un regazo apacible, un seno tranquilo, unos hombros anchos, el cuello semejante á erguida columna, la cara en perfecta elipse, la barba graciosa, las mejillas ni demacradas ni llenas, los labios gruesos en señal de franqueza, muy afilada la nariz, grandes y profundísimos los ojos, largas las pestañas, sombrías las cejas, espaciosa la frente, esférico el cerebro: he ahí los rasgos característicos de la belleza griega que nos ha transmitido la Venus de Milo y que debían resplandecer, como resplandecen los tipos en las copias, y que debían resplandecer con toda su luz y vivir con toda su perfección clásica en la inmortal figura de nuestra incomparable Aspasia.

Hija del jonio Axioco, nació en Mileto, ciudad fabricada por un descendiente de Apolo en el Asia Menor. Estas ciudades jónicas habían dado su dialecto y su género arquitectónico á la divina ciudad de

Minerva, y por lo mismo ejercían en su seno una grande influencia, nunca desmentida ni eclipsada, siquier cayesen con facilidad todas estas regiones helénicas en rivalidades y en guerras, no embarcantes á la idéntica unidad de sus almas. Situada en la desembocadura del Meandro, y al Sur de la bahía látmica, dominaba con verdadera soberanía en los continentes y en los archipiélagos jonios. Varios títulos presentaba Mileto de distinción particularísima entre todas las poblaciones helenas. Su hermoso territorio, sus pañerías, sus ganados, sus colonias en el Euxino, el ser madre de Thales, primer filósofo griego, el ser cabeza de aquella liga jonia que iniciara la guerra inmortal contra los asiáticos, no le daban importancia tanta como el renombre de sus mujeres, las cuales reunían con una gracia sin igual una inteligencia digna de su gracia. La reclusión del bello sexo en Grecia debía remediarse por cualquier camino, y de aquí el buscar y encontrar esa especie de anómala institución que se conoce con el nombre muy expresivo y muy singular del hetairado griego. La hetaira representa, ya lo hemos dicho, como la personificación del influjo debido á la mujer en la vida pública. Naturalmente, las mujeres de su casa, tras las costumbres antiguas abroqueladas y en el recinto de su hogar tristemente reclusas, sublevá-

banse contra tal institución, y la confundían sin escrúpulo con otras degradantes é infames que significan y representan el residuo y detrito asqueroso de todos los vicios sociales. Pero ya hemos dicho antes y lo reiteramos ahora, cómo tales conceptos dimanaban de una perversión del juicio, ayudada por una mala voluntad en el alma. No todas las mujeres de Mileto debían ser pervertidas, como no todas las cabras de Mileto debían ser cojas. Cierta mayor expansión dada por estos jonios, más arios todavía que los atenienses, á la vida femenil, explica el mal concepto que de las miletenas guardaban los atenienses. Decidle á una joven española, tan reclusa en su casa y tan guardada siempre, que no sale á la calle sino en compañía de su familia, decidle cómo la joven yankee pasea sola y emprende viajes donde le place á su albedrío con toda independencia, y no comprenderá ese género de vida, creyéndola expuesta de suyo á tropiezos y á desgracias sin número. Pues algo de lo que pasa en la educación de nuestras mujeres latinas pasaba en la educación de las mujeres atenienses, lo cual inclinábalas á no creer compatible una virtud austera con una vida independiente. Confirma el vulgar lenguaje tal concepto. A pesar de que nosotros hemos dado al habla moderna la palabra liberal y liberalismo en demostración

de nuestro amor á la libertad, decir de una vida que es libre tanto vale como decir de una vida que es licenciosa. Mucho hemos insistido en esto ciertamente, pero no podemos menos de insistir, porque no hay otro medio de conocer y de calificar el papel que representa la inmortal Aspasia en el mundo helénico.

No decimos nosotros que la moral más pura y austera predominase con absoluto dominio en el coro de mujeres á que la hetaira griega pertenecía. Realmente los sentidos y sus voluptuosidades determinaban mucho estas relaciones públicas entre los dos sexos. La mujer de mundo, como ahora se la llama en Francia, ó de sociedad, como la llamamos nosotros, se halla mucho más expuesta que una mujer de su casa, por ley natural, á las tentaciones y á los asaltos del vicio. No pretendemos que las Aspacias fuesen puras ni siquiera castas. Pero sí pretendemos que no llegue á confundirlas de ningún modo la malicia con el rebujo de mujeres perdidas que yace allá en el hondo seno de las sociedades modernas. El sentimiento moral ha seguido, como todas las manifestaciones de la vida humana, su evolución lógica en ascendente progreso. Y si estas mujeres de los teatros, de las escuelas, de las asambleas helénicas, no pueden, ciertamente, compararse con la mujer cristiana en

pureza, tampoco pueden confundirse con aquellas desgraciadas que asistían á las fiestas lividinosas de los templos asiáticos y que tomaban la prostitución por una virtud en las orgías sin fin de sus sensuales ritos. El mundo había caminado mucho cuando Atenas, tras el florecimiento producido por las guerras con persas y medas, madura bajo la dirección sapientísima de Pericles; y si aun se veían estas mujeres de vida no muy casta influyendo en la política, en la ciencia, en la sociedad, no se ven las pobres doncellas asentadas en las piedras del camino requiriendo al viandante de amores y puestas allí para convertir en culto religioso la vil profanación. Aquellas noches de Babilonia, donde, al resplandor de lámparas alimentadas por aceites olorosos y al són de cítaras tañidas por mujeres ebrias, se cometían toda suerte de torpezas en promiscuidades horribles, so pretexto de plañer la muerte ó celebrar la resurrección de Adonis, con los ojos puestos en signos vergonzosos y los nervios agitados por excitaciones impúdicas ¡oh! no se podían ver, no, en la republicana y libre Atenas de la democracia, en que las esposas se alzaban sobre la piedra del hogar como las divinidades sobre las aras, y las mismas mujeres de influjo público y de vida externa valían todas, no tanto por su hermosura como por su ingenio, por su